

Memoria del Paisaje [1]

Marcela García

Fotógrafa profesional, autora de varias publicaciones como: *Paisajes Íntimos* (2008), *Un día como HOY en Ecuador* (2007), *Andes de Lumière* (2004). Ha realizado exposiciones individuales en Art-Forvm en Quito, Instituto Italo Latinoamericano de Roma, Museo de Arte Moderno de São Paulo, Facultad de Arte de la Pontificia Universidad Católica de Río de Janeiro, Dryphoto Arte Contemporanea en Prato, Italia; y ha participado en muestras colectivas en el Museo de América, España. Ha sido condecorada con el *Chevalier de l'Ordre du Mérite* del gobierno de la República Francesa (2005).

Me pregunto ¿cuándo el paisaje se convierte en memoria? y debo responder: cuando traspasa los límites de la contemplación y se convierte en un texto cuyo relato tiene voz propia. Es el instante en que adquiere vida, cuando se transforma en una entidad ubicada en el tiempo y en el espacio, producto de las relaciones entre los humanos y la naturaleza. Una entidad habitada que adquiere significado a través de la mirada de quien la construye. Están allí las improntas del pasado dejadas por la dimensión humana y la actividad de la naturaleza, cambios y continuidades que nos relatan una historia cargada con derrotas y victorias, esplendor y decadencia.

El paisaje se convierte en memoria cuando se puede construir una biografía y es lo que intentaré esbozar a continuación: pequeños fragmentos acerca del callejón interandino.

Desde muy niña empecé a recorrer el trayecto entre Riobamba y Quito —recuerdo que la carretera era empedrada y durante las 8 horas de viaje, desfilaban ante mí gente, pueblos, montañas, animales y un largo etcétera—. Esta sucesión de imágenes se convirtieron tempranamente en paisaje cuando en las clases de geografía me revelaron el significado de lo que veía. Provista de una pequeña Olympus fotografié escenas para descubrir a mis compañeras que la geografía era, en realidad, mapas habitados.

Sin duda estoy muy influenciada por el romanticismo y la ilustración de los artistas de la segunda mitad del siglo XIX. El tratamiento que hicieron del paisaje Church, Friedrich, Turner, Monet, Troya, Pinto y Martínez es siempre una gran inspiración en mi trabajo. Los paisajes de mi niñez guardan la mirada de estos maestros: la armonía entre los elementos, los tonos equilibrados del color, las luces rasantes iluminando los campos verdes llenos de texturas, los ríos caudalosos y de aguas transparentes y las montañas, morada de los dioses, con su manto de nieves eternas.

Los primeros cambios visualmente importantes ocurrieron en los años setentas, cuando se sembraron una enorme cantidad de pinos en los páramos. Los pajonales de un amarillo metálico, dejaron paso al verde oscuro de los pinos. Las consecuencias ecológicas de esta decisión, ahora las conocemos bien. En ese momento se pensó, que sería una excelente idea que los “inservibles” pajonales se conviertan en tierras productivas.

Lentamente fueron desapareciendo las grandes extensiones de potreros monocromáticos y fueron reemplazados por chacras, fragmentos de color en el paisaje. También se multiplicaron las casas, lamentablemente de bloque y techo de asbesto cemento, dejando al olvido la arquitectura con adobe, teja y paja. El paisaje se habitaba de manera acelerada con elementos desarrollistas. Evidentemente esta manera de manejar el espacio, es una proyección cultural de la sociedad.

En los años ochentas viajé intensamente por el país y fotografié páramos, selvas y hielos, y en los pueblos descubrí los rituales y la fiesta, su lenguaje lleno de símbolos y de una estética vital, que ahora incorpora elementos tecnológicos como el celular, referentes de una nueva generación. La música acompañando el ritmo de los cuerpos con la presencia redonda del tambor y el pingullo tímido y agudo, dejan paso a la estridencia de los DJ, con su repertorio de tecnopaseítos.

Durante esa década estructuré lo que ahora es mi archivo sobre Ecuador.

A finales de los años ochentas, aparecieron los primeros invernaderos en la sierra norte. Esto fue una agresión definitiva al sensual perfil de los valles andinos. Me he negado a fotografiar esta contaminación visual, esta derrota del paisaje. Es tal la proliferación del uso de invernaderos, que cada vez me resulta más difícil encontrar zonas donde no estén presentes, me veo obligada a buscar mis fotos en lugares más altos y alejados. Sin embargo se que la presencia de estos elementos cuenta en la economía del país y los mercados de exportación: rosas espigadas bajo domos de plástico, causando el agotamiento de la tierra y su contaminación. Obviamente se requiere otra mirada y será alguno de ustedes que relate esta historia.

Luego de la crisis que vivió el país a finales de los noventas, el paisaje fue intervenido por una arquitectura por decirlo absurda. En páramos y valles se instalaron grandes casas, construidas con cemento y pintadas con colores foráneos, quebrando la armonía del paisaje. Signos de la masiva emigración, la economía de las remesas, la explosión demográfica que desarrollaron una estética que representa la expulsión y el retorno.

Y en esta biografía no puede faltar el tiempo geológico: los glaciares andinos y su dimensión íntima, su luz etérea e insoslayable. Durante mis viajes cuando niña, el Illiniza Norte y el Sincholagua tenían todavía nieves perpetuas. Ahora sus líneas de equilibrio han desaparecido, somos testigos de una incontenible agonía

Es así como se construye la memoria del paisaje y los paisajes de la memoria.

Notas

[1] Charla dictada por Marcela García en FLACSO-Ecuador, con motivo de la premiación del II Concurso de Fotografía Medioambiental de Letras Verdes.